



En un pequeño pueblo rodeado de montañas vivían Zuly y Alonso, dos jóvenes que compartían una gran amistad desde la infancia. A pesar de que ambos tenían sueños distintos, coincidían en algo muy importante: el deseo de ayudar a los demás.

Un día, la comunidad enfrentó una fuerte tormenta que destruyó parte de la escuela y dejó a varias familias sin techo. Muchos habitantes se sintieron desanimados, sin saber por dónde empezar. Fue entonces cuando Alonso, conocido por su espíritu alegre, reunió a varios vecinos y dijo con voz firme:

1



—¡No podemos esperar que alguien más venga a resolverlo! ¡Nosotros mismos podemos levantar de nuevo el pueblo!

Al principio algunos dudaban, pensaban que eran muy jóvenes para dirigir algo tan grande. Sin embargo, Zuly dio un paso al frente y con calma expresó:

—No importa la edad, importa la voluntad. Si trabajamos en equipo, con respeto y empatía, lograremos que este lugar vuelva a brillar.

La seguridad de sus palabras inspiró a los demás, y poco a poco la gente empezó a confiar en ellos.



Durante los días siguientes, Zuly y Alonso organizaron brigadas. Cada persona, sin importar su edad, tenía una tarea importante: los niños recogían ramas y materiales útiles, los adultos reconstruían paredes, y los mayores compartían consejos y motivaban con sus historias.

Lo que comenzó como un momento de desesperanza se transformó en un ejemplo de unidad, liderazgo y superación personal. Alonso enseñaba con paciencia a quienes no sabían manejar herramientas, siempre con buen trato y una sonrisa. Zuly, con su gran habilidad para comunicarse, lograba que todos se sintieran escuchados y valorados.



En medio de los trabajos también había espacio para la amistad y el amor. Zuly animaba a los niños con juegos creativos, inventando canciones que hablaban de esperanza. Alonso, por su parte, recordaba a todos la importancia de apoyarse mutuamente, como si fueran una sola familia.

Cada día, al caer el sol, el pueblo se reunía alrededor de una fogata para compartir lo aprendido. Allí, Zuly solía decir:

—El verdadero liderazgo no significa mandar, sino dar ejemplo con el corazón.



Estas palabras los motivaban cada día para seguir con la misión de reconstruir el pueblo.

Al día siguiente, Zuly y Alonso se levantaron muy temprano para terminar de construir la escuela. Los niños ayudaban pasando ladrillos y herramientas a los adultos, y poco a poco lograron terminarla. Aunque estaban cansados, aún quedaban muchas casas por reparar. Pero su fuerza de voluntad y las ganas de salir adelante no les permitieron rendirse.

Entre todos reconstruyeron el pueblo, demostrando que con esfuerzo y dedicación se puede lograr incluso lo imposible.

Al final del día, Zuly y Alonso dieron un discurso de agradecimiento a quienes siempre estuvieron allí y no se desanimaron. Al día siguiente, solo quedaba inaugurar el nuevo pueblo, por el cual se habían esforzado tanto.

Fin.